

Madrid, 13 Julio 1924



Modernismo y actualidad

RECOPILADO EN "De esto
y de aquello" tomo 1^o

Al rededor del estilo

XIII

EMPLÉASE algunos —ismos para designar estilos colectivos de imitación. Aunque lo colectivo no puede ser más que imitativo, ya que lo original le está vedado a la colectividad. Y así, por ejemplo, del nombre propio de Góngora hemos hecho el término gongorismo para designar aquel estilo—es decir, aquel no estilo, aquel estilismo—de los que pretenden imitar a Góngora. Lo que no cabe decir es que Góngora fuese gongorista, ni siquiera gongorino: era Góngora. De nombre propio deriva, pero mediatamente, la voz cristianismo, que es la doctrina de los que se dicen a sí mismos cristianos; pero no se le llama a esa doctrina cristismo, y está bien. Está bien porque es la doctrina, no de Cristo, sino de los sedicentes cristianos; doctrina que el Cristo rechazaría de vivir hoy entre nosotros. Pues si buscamos la de éste entre aquéllos, nos encontraríamos con los dos hombres de vestido resplandeciente que nos dirían lo que a los discípulos que fueron el Sábado de Gloria—hoy 19 de abril lo celebra la Iglesia—a buscar el cuerpo del Maestro, les dijeron: «¿Por qué buscáis al viviente entre los muertos?» (Luc. XXIV, 5.)

Lo viviente, lo vivo, lo actual, lo presente, es lo que con otro nombre llamamos moderno. Aunque no, no es así, pues hay realidades, estilos pasados, que son más vivos y más actuales que los llamados modernos. La modernidad no es siempre realidad viva. No lo es muchas veces en eso que se llama en literatura moderno. Lo moderno dice relación a la moda, y su novedad suele ser la de lo que los sastres y las modistas llaman «novedades». En mi pueblo se llama el Puente Nuevo al más antiguo de los puentes que allí hay hoy, y calle Nueva a una de las antiguas.

El modernismo no tenía nada de nuevo ni de moderno. Y, además, cada escritor con estilo es moderno de su tiempo, es actual de su actualidad, y el que es una vez actual lo es para siempre. La actualidad que pasa no es tal actualidad. Lo que es de un tiempo y de un lugar, es de los tiempos y lugares todos, es eterno e infinito. Los hombres universales y seculares son los que más de su tiempo y de su lugar son.

Utopía es una palabra que inventó Tomás Moro para designar lo que no es de lugar alguno, lo que está fuera de lugar, e inventó la palabra forzando las leyes de la composición griega. No pudo valerse del término griego *atopía*, porque en griego *atopos*, lo que no es de lugar alguno, lo que está fuera de lugar, significaba: absurdo, disparatado. Y así es.

¡Nuevo! ¡Nuevo! Lo más nuevo sería un mastodonte o un ignanodonte vivos. Junto a eso palidecería la novedad de un aeroplano. Pero acaso el aeroplano no sea otra cosa que un ignanodonte vivo.

Y volviendo al modernismo, ¿qué son esas ridículas pretensiones de los que presumen de jóvenes, pretensiones a la modernidad y a la actualidad? El otro día me he podido reír leyendo en una revista ultraísta, o lo que sea, unas vaciedades atópicas de un pobre chico que a la naturaleza suiza le llama: «(naturaleza estilizada, dandysta y brummeliana, que se baña y afeita todas las mañanas)», en que se delata una completa ignorancia de lo que es estilo, de lo que es un dandy y de quién era Brummel. Y entre paréntesis inserta esta redonda tontería: «(¿Cuán lejos de nuestra Castilla intonsa y desgreñada!)» Tontería de tonto de capirote, pues que a la escueta y desnuda Castilla no se le puede tundir, ni pue-





de llamársele desgrefiada, ya que no tiene greñas, y en castellano, desgrefiado no es lo que carece de greñas, sino lo que las tiene encrespadas y revueltas. ¡Intonsa Castilla! Tanto valdría llamarle intonso a un esqueleto. Y hemos aducido este ejemplo para que se vea cómo esos pobres chicos que hacen, por imitación, estilismo carecen de estilo. O sea que, como escritores, como artistas, no existen. Buscar estilo en ellos es buscar la vida entre los muertos.

Eso sí, se apresuran a forrar escuela y a ponerle un rótulo cualquiera en —ismo. Y la escuela es la negación del estilo. El estilo de escuela, el estilo escolástico, no es estilo, es manera. En vez de decir de uno: «tiene estilo propio», vale más decir sencillamente: «tiene estilo». Que equivale a decir: «es él». El estilo común, en cambio, no es estilo. Como no es propiamente sentido el sentido común.

Y otra vez, sí, otra vez, otra más, y no será la última—es mi estilo—, tengo que repetir que el sentido común es lo menos sentido que se conoce. Y tengo que repetirlo porque, a pesar de mi insistencia, no parece que disminuya la

circulación de aquella solemnísima vaciedad que dice que el sentido común es el más raro de los sentidos. No; el más raro de los sentidos es el sentido propio; lo más raro es encontrar quien tenga estilo, quien sea él, quien exista. Los más de los que vemos por ahí, hombres al parecer, no existen, son nuestro sueño. Su esencia consiste en ser soñados por nosotros, los verdaderos soñadores.

Estoy soñando, estoy soñando en esta isla de Fuerteventura, a la que un tonto llamaría desgrefiada; estoy soñando aquí, sobre esta viva osamenta, y no son más que sueño mío los que aquí me han traído: los unos, haciendo; los otros, dejando hacer. Yo sueño, yo les sueño y ellos son mis soñados, los soñados del soñador. Y ellos, a su vez, no sueñan; son incapaces de soñar. Ni sueñan, ni ven. No ven más que con los dedos, como aquel Tomás el Apostol a quien dijo el Maestro: «Trae tu dedo aquí y ve mis manos.» (Juan, XX, 27.) Para él, tocar era ver.

Y a propósito, ¿hay estilo en la acción?

Miguel de UNAMUNO

